

<http://www.iade.org.ar>

 Enviar
comentarios
del artículo


imprimir artículo

 Revista Realidad Económica Buenos Aires (Argentina)
 núm. 171 -1 abril al 15 mayo de 2000
 pp. 52-75

[Ir a pagina principal IADE](#)

Análisis

Crisis y perspectivas del capitalismo argentino

Juan B. Iñigo Carrera*

Desde el punto de vista de su participación en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad, mundial por su esencia, el proceso nacional argentino de acumulación de capital actúa como su pura negación. Sin embargo, todas las determinaciones de esta negación se ocultan, y aparecen invertidas, en cuanto se cae en un punto de vista recortado por el carácter mismo de proceso nacional que presenta la acumulación de capital. Desde este punto de vista, la acumulación de capital deja de presentarse como un proceso cuya unidad está determinada por su esencia mundial, que se realiza tomando forma de procesos nacionales mutuamente independientes. Por el contrario, la acumulación de capital aparece siendo por su esencia, y no por su forma, un proceso nacional. Por decirlo de manera directa, esta visión invertida cree que todo proceso nacional de acumulación de capital tiene, en esencia, la potencialidad de abarcar la producción de mercancías en general poniendo en acción la capacidad productiva del trabajo correspondiente a la valorización del capital portador del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. La creencia de que el proceso de acumulación es nacional por esencia se traduce, entonces, en la creencia de que, si una economía nacional no alcanza este "desarrollo pleno", tal cosa sólo puede deberse a una "deformidad" o "perversión" interna, al "fracaso" de las políticas económicas, o a las trabas que le imponen desde su exterior otros procesos nacionales de acumulación de capital en su propio beneficio.

Lo que esta apologética del capitalismo (que lo es, al atribuirle al modo de producción capitalista potencias de las que carece por completo) no puede ver, es que el pleno desarrollo de la esencia mundial del proceso de acumulación de capital se realiza tomando necesariamente forma concreta en la determinación diferenciada de sus ámbitos nacionales.

Qué crisis

La economía política ha impuesto la creencia de que el crecimiento del producto interno bruto (PIB) a precios constantes es sinónimo de florecimiento de la acumulación de capital. Comparemos la evolución seguida por este producto en la Argentina y los Estados Unidos entre 1960 y 1999¹ (Gráfico N° 1).

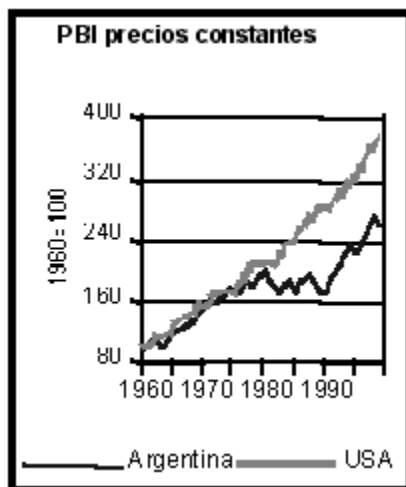


Gráfico N° 1. PIB precios constantes

Elaboración propia sobre la base de datos del Ministerio de Economía (ME), Banco Central de la República Argentina (BCRA) y Bureau of Economic Analysis (BEA). La serie argentina ha sido empalmada desde 1993 hacia atrás por las tasas anuales de variación arrojadas por las series originales. Los datos de 1999 corresponden al primer semestre.

Desde este punto de vista, se diría que la acumulación de capital en la Argentina se estanca desde 1975 a 1991, para recuperar su proceso de crecimiento durante la última década. Incluso, se diría que el ritmo de este crecimiento de la acumulación supera al de la economía de los Estados Unidos. Y hasta parecería que la crisis de 1995 no ha hecho sino renovar el impulso experimentado por la economía argentina, pudiendo entonces esperarse lo mismo de la crisis actual.

Sin embargo, todo lo más que el PIB a precios constantes puede llegar a reflejar es la evolución seguida por la producción material realizada en el país. Se trata de un indicador, tan grosero como que suma cantidades de caramelos con cantidades de cañones, de la escala que tiene la producción de valores de uso en una economía. Y, como es bien sabido, en las sociedades donde impera el modo de producción capitalista, la riqueza presenta una forma social general muy distinta a la de ser un mero cúmulo de valores de uso. Aquí, la riqueza social cobra específicamente la forma general de ser una masa de valor. De modo que es el PIB a precios corrientes el que refleja la evolución seguida por la capacidad de una economía nacional para generar valor, por más imperfecto que sea este reflejo².

Ante todo, las series de PIB a precios corrientes se encuentran distorsionadas por expresarse en signos monetarios sujetos a la pérdida continua de su capacidad unitaria para representar valor. O sea, en términos usuales, por la inflación. Expresamos entonces las series en dólares de paridad y poder adquisitivo constante sobre la base de las evoluciones absolutas y relativas de los índices de precios al consumidor de la Argentina y los Estados Unidos, y de un estimador grueso de la evolución relativa de la productividad del trabajo entre ambos países³. El panorama de la economía argentina cambia notablemente (Gráfico N° 2).

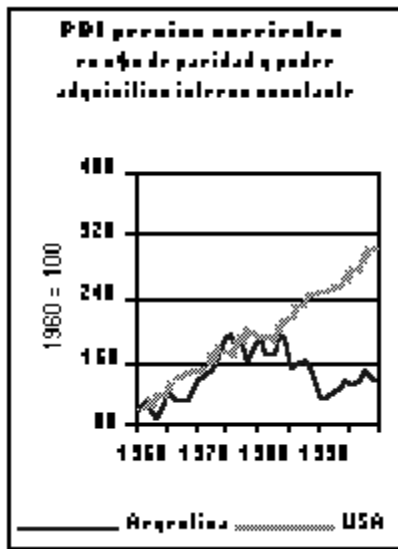


Gráfico N° 2. PIB precios corrientes en u\$s de paridad y poder adquisitivo interno constante

En efecto, el tamaño de la economía argentina se estanca a partir de 1975. Pero este estancamiento no llega hasta fines de la década de 1980, sino que se detiene a mediados de ella. Sólo que no para dar paso a un supuesto proceso expansivo, sino a una violenta contracción. Por su parte, el crecimiento experimentado durante la década de 1990 apenas alcanza a evitar que la brecha respecto de la escala de la economía norteamericana continúe expandiéndose. Y acaba siéndole imposible mantener siquiera este ritmo. Lejos de aparecer como un mero accidente a ser dejado atrás, la crisis actual pone particularmente de manifiesto que la escala de la economía argentina choca contra una limitación específica que no logra superar.

Pero la cuestión no termina aquí porque también es bien sabido que la producción capitalista no tiene por objeto la mera producción de valor, sino la producción de plusvalía. De modo que la acumulación de capital podría estar disponiendo de una masa creciente de plusvalía, pese a la disminución en la masa del valor producido. Veamos entonces la evolución seguida por la masa de plusvalía que le queda disponible al capital en la Argentina para ampliar la escala de su acumulación (siempre expresada en términos de valor correspondientes a la esencia mundial del modo de producción capitalista, representada por el dólar de paridad y poder adquisitivo constantes, y sumado a su monto el del valor del capital fijo consumido durante el año)⁴ (Gráfico N° 3).

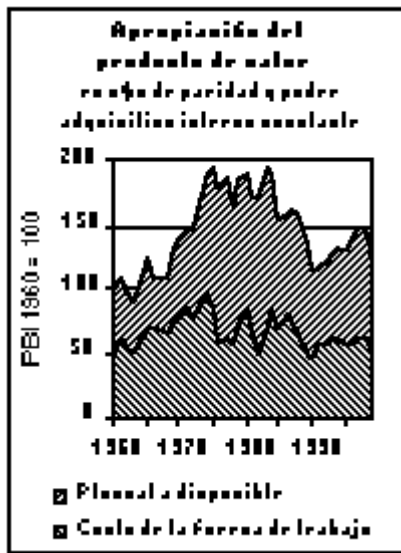


Gráfico N° 3. Apropiación del producto de valor en u\$s de paridad y poder adquisitivo interno constante

En primer lugar, comparemos el promedio del período 1960/74, de indudable expansión en la escala de la economía argentina, con el del período 1990/99, cuando supuestamente ha alcanzado un nivel de expansión nunca antes visto. Entre estos dos períodos, el valor del producto bruto ha aumentado un magro 4%, pero la población que trabaja ha crecido en un 31% (medida en equivalente de empleos de tiempo completo), y el salario ha caído en un 48% (medido en los mismos términos de valor ya referidos)⁵. Con una población total incrementada en un 50%, semejante evolución sólo puede significar una brutal acumulación absoluta de miseria para la clase obrera⁶. Pero, desde el punto de vista de la acumulación del capital, significa una expansión del 33% en la masa de riqueza social que queda disponible para ella. Hasta aquí, parecería que el límite peculiar que presenta la expansión de la escala de la economía argentina no encierra traba específica alguna a la magnitud de la acumulación de capital. Sin embargo, comparemos ahora el promedio del período 1975/89, ampliamente superado por la floreciente década de 1990/99 según la economía política, con ésta.

Por cierto, durante los años 1976/83, la acumulación de capital le debe buena parte de su pujanza a la forma política de bestial dictadura militar con que se realiza. Por intermedio de ésta, el salario cae un 23% respecto del promedio del período 1960/74. Sin embargo, durante la década de 1990/99, el salario cae aún un 32% más por debajo del nivel promedio alcanzado durante la dictadura. En resumen, del promedio del período 1975/89 al del 1990/99, con una caída del salario de un 38% y una suba de la ocupación del 13%, el valor del producto bruto cae en 25%, pero la masa de plusvalía disponible lo hace un 30%. Esta caída es de tal magnitud que, aun durante la crisis de 1989, la masa de plusvalía disponible se ubica un 18% por encima del nivel promedio que alcanza durante la década siguiente. Por donde se la mire, la acumulación de capital en la Argentina muestra su choque con una limitación específica. ¿Quiere decir esto que el capitalismo ha llegado a una "crisis terminal" en la Argentina, poniendo con ello a la clase obrera nacional en la plenitud de su potencialidad para tomar en su manos la aniquilación del modo de producción capitalista en el país?

Ante todo, las potencias de la clase obrera para encarnar la necesidad del modo de producción capitalista de aniquilarse a sí mismo en su propio desarrollo, surgen de las potencias del capitalismo para desarrollar las fuerzas productivas materiales de la sociedad sobre una base históricamente específica. Se trata del desarrollo de las potencias productivas del obrero libre individual en potencias del obrero colectivo capaz de regir conscientemente el carácter social de su propio trabajo. El límite capitalista a este desarrollo se encuentra allí donde el control consciente del trabajo social no puede ya continuar avanzando sobre la base de presentarse, a la propia conciencia del obrero colectivo que lo realiza, como una potencia social enajenada en el producto material de ese trabajo, a cuyo dominio se encuentra forzada a someterse. ¿Consiste entonces la especificidad de la acumulación argentina de capital en que el desarrollo de las fuerzas productivas ha avanzado en ella a una velocidad tal que sólo puede sostenerse mediante la organización consciente general del trabajo social?

La especificidad de la acumulación de capital en la Argentina⁷

Salta a la vista que, desde fines del siglo pasado, la economía argentina ha contado con un flujo permanente de plusvalía extraordinaria, bajo la forma de una masa de renta diferencial de la tierra agraria de magnitud particularmente significativa frente al tamaño de la acumulación general de capital en el país. Podría parecer, entonces, que esta fuente de plusvalía extraordinaria ha multiplicado la capacidad de acumulación del capital en el país, hasta el punto de haberlo empujado aceleradamente más allá de su propio límite general. Sin embargo, la realidad ha sido bien distinta. La renta de la tierra se ha utilizado en la Argentina para:

- a) Reproducir a los terratenientes como parásitos sociales (hasta el presente).
- b) Pagar una deuda pública externa generada esencialmente por el proceso de apropiación privada, a bajo o ningún precio, de la misma tierra (hasta 1943).
- c) Engendrar un proceso nacional de acumulación de capital que, sobrevaluación del peso mediante, otorga una ganancia extraordinaria al capital industrial y comercial de origen externo aplicado directa e indirectamente al transporte, elaboración y comercio de las mercancías agrarias destinadas al mercado mundial. Y que, sobre la misma base, excluye la posibilidad de valorizar normalmente el capital industrial produciendo mercancías en general desde el país para ese mismo mercado (hasta 1930).
- d) Otorgar de un saque una masa adicional de ganancia extraordinaria al capital industrial de propiedad extranjera aplicado a los servicios públicos, mediante su conversión en capital de propiedad del estado nacional a precios sobrevaluados (1946-1948). Luego, se le niega a este capital público la posibilidad de valorizarse normalmente, convirtiéndoselo en un vehículo para la transferencia de la renta de la tierra apropiada primariamente por el estado nacional, al capital privado industrial y comercial en general del ámbito nacional. El capital más concentrado del ámbito nacional, y como tal el de mayor potencialidad para participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, se convierte, así, en el vehículo para la negación de ese desarrollo (1949 hasta el presente). Por último, la renta de la tierra acumulada en el capital público se utiliza para valorizar de manera extraordinaria al capital privado que lo compra a precios de liquidación (1991 hasta el presente).
- e) Engendrar una masa de pequeños capitales industriales y comerciales aplicados a la producción de mercancías en general, incapaces, por su misma magnitud, de poner en acción la capacidad productiva del trabajo suficiente para cerrar su ciclo de valorización vendiendo en el mercado mundial. En vez de convertirse en un capital industrial concentrado en el grado necesario para ser portador activo del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, la renta se convierte en una masa de capitales cuyas magnitudes individuales ya han sido dejadas atrás para siempre como vehículo de dicho desarrollo (de manera general en 1931-1975, con epicentro en 1946-1952).
- f) Valorizar a una tasa de ganancia extraordinaria al capital industrial que opera en sus ámbitos nacionales de origen con el grado de concentración correspondiente a la puesta en acción de la capacidad productiva del trabajo necesaria para vender en el mercado mundial, pero que se fragmenta en la Argentina para producir en la escala propia de un capital de monto particularmente restringido por la magnitud del mercado interno (de aquí en más, capitales fragmentados). La apropiación de la renta de la tierra, sumada a la de la plusvalía que escapa de las manos del genuino pequeño capital engendrado mediante esa misma renta, libera al capital en cuestión de su necesidad histórica general de desarrollar las fuerzas productivas sociales como condición para su propia valorización. Esta liberación tiene su expresión más cruda en la transformación de lo que ya era chatarra en su país de origen, en maquinaria de punta para la producción en escala restringida dentro de la Argentina (1952 hasta el presente).

En síntesis, la acumulación de capital en la Argentina se ha desarrollado teniendo en su base la exclusión de la producción en el país de mercancías en general en la escala que corresponde al desarrollo de las fuerzas productivas; escala que, para una economía del tamaño de la Argentina, implica la producción para el mercado mundial.

Al mismo tiempo, la renta de la tierra sólo puede seguir los cursos señalados si su proceso de apropiación se realiza bajo formas concretas que minan al capital agrario en el transcurso de su ciclo de valorización (sobrevaluación del peso, impuestos a la exportación, fijación directa de precios internos, etc.). De modo que la acumulación argentina de capital se ha desarrollado teniendo en su base la restricción específica de la escala de la acumulación del capital agrario aplicado intensiva y extensivamente sobre la tierra, y de su participación en el desarrollo de la productividad del trabajo que utiliza.

Por donde se lo mire, se trata de un proceso nacional de acumulación de capital que no ha transformado la masa extraordinaria de riqueza social que fluye hacia él bajo la forma de renta diferencial de la tierra agraria, en un capital industrial concentrado en la escala correspondiente al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Por el contrario, ha despilfarrado esa riqueza valorizando capitales cuya existencia es, en sí misma, la negación de este desarrollo y, por lo tanto, la negación de la razón histórica de existir del modo de producción capitalista.

Esencia mundial y forma nacional de la acumulación de capital

Desde el punto de vista de su participación en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad, mundial por su esencia, el proceso nacional argentino de acumulación de capital actúa como su pura negación. Sin embargo, todas las determinaciones de esta negación se ocultan, y aparecen invertidas, en cuanto se cae en un punto de vista recortado por el carácter mismo de proceso nacional que presenta la acumulación de capital. Desde este punto de vista, la acumulación de capital deja de presentarse como un proceso cuya unidad esta determinada por su esencia mundial, que se realiza tomando forma de procesos nacionales mutuamente independientes. Por el contrario, la acumulación de capital aparece siendo por su

esencia, y no por su forma, un proceso nacional. Por decirlo de manera directa, esta visión invertida cree que todo proceso nacional de acumulación de capital tiene, en esencia, la potencialidad de abarcar la producción de mercancías en general poniendo en acción la capacidad productiva del trabajo correspondiente a la valorización del capital portador del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. La creencia de que el proceso de acumulación es nacional por esencia se traduce, entonces, en la creencia de que, si una economía nacional no alcanza este "desarrollo pleno", tal cosa sólo puede deberse a una "deformidad" o "perversión" interna, al "fracaso" de las políticas económicas, o a las trabas que le imponen desde su exterior otros procesos nacionales de acumulación de capital en su propio beneficio.

Lo que esta apologética del capitalismo (que lo es, al atribuirle al modo de producción capitalista potencias de las que carece por completo) no puede ver, es que el pleno desarrollo de la esencia mundial del proceso de acumulación de capital se realiza tomando necesariamente forma concreta en la determinación diferenciada de sus ámbitos nacionales. En primer lugar, determina a unos como ámbitos donde el capital se acumula sobre la base de la producción de mercancías en general por los capitales cuya magnitud se corresponde con su participación activa en el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo. En segundo lugar, determina a otros países como ámbitos de acumulación limitados por la producción de mercancías específicas, sobre la base de la presencia relativamente favorable en ellos de condicionamientos naturales a la productividad del trabajo no controlables por el capital medio. Es en estos ámbitos nacionales donde la acumulación de capital desarrolla su especificidad en torno de la apropiación de la renta diferencial de la tierra. En tercer lugar, la acumulación de capital determina a otros ámbitos nacionales como productores de mercancías específicas sobre la base de los atributos particulares de la fuerza de trabajo en ellos, que resultan de la suma de su disciplina histórica para el trabajo colectivo y de su determinación como población obrera estancada en su condición de sobrante. Por último, no deja a otros países más potencialidad que el ser reservorios de población obrera sobrante consolidada, de seres humanos a los que el capital ha condenado a muerte al despojarlos de su más elemental determinación genérica como tales: la capacidad para producir su propia vida mediante el trabajo.

Cuando la pseudo crítica del capitalismo llega al paroxismo proclamando el "fracaso" del capitalismo por no haber alcanzado la "felicidad de los pueblos", todo lo que hace es cumplir con su papel ideológico consistente en ocultar su verdadera potencia histórica. El modo de producción capitalista es el curso que necesariamente sigue la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias del trabajo social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza, a expensas de mutilar la propia subjetividad del obrero. En este modo de producción, las potencias del trabajo social del obrero se le enfrentan a éste como potencias sociales encarnadas en el producto material de su propio trabajo, del capital. El capital, producto del trabajo humano, se convierte así en el sujeto concreto de la vida social. Y esta enajenación de las potencias humanas llega al punto de despojar a parte de la clase obrera de toda subjetividad humana, al convertirla en sobrante para el modo de organización de la vida social.

Por su misma forma, el modo de producción capitalista sólo puede cumplir con su papel histórico multiplicando cruelmente todas las mutilaciones que impone a la libre subjetividad humana de la clase obrera. De ahí la urgencia que tiene para ésta el cumplir con el papel histórico que le impone su propia enajenación como potencia del capital: el desarrollar el control consciente de su proceso de trabajo social, de modo de aniquilar hasta el último vestigio que pueda haber a la organización automática de éste a través de la forma de mercancía tomada por su producto. Y, dado que se trata de la organización consciente del trabajo social, el cumplimiento de ese papel histórico tiene a la acción política de la clase obrera por forma general inmediata de realizarse.

El despojo a la clase obrera argentina de sus potencias genéricas

La posibilidad de acumularse libres de los costos y condiciones necesarios para estar a la vanguardia en el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo, sólo le permite a los capitales privados rapiñar la renta del modo señalado. Y es esta misma rapiña la que garantiza a los terratenientes su reproducción como tales.

Porque, a esta acumulación a contrapelo del desarrollo de las fuerzas productivas sociales, sólo se le opone la transformación íntegra de la renta en capital industrial con un grado de concentración tal que se encuentre en condiciones, y necesitado, de ponerse a la cabeza del desarrollo de dichas fuerzas. Esta transformación tiene por condición la apropiación de la renta bajo formas concretas que no limiten el desarrollo de la productividad del trabajo agrario ni la escala en que se lo aplica sobre la tierra, ni limiten la producción de mercancías en general desde el ámbito nacional con destino al mercado mundial. Y, a su vez, estas formas se manifiestan necesariamente como la negación de los derechos de la propiedad privada en general, y de la de los terratenientes en particular. Deben gravar de manera directa y singular a la renta de la tierra, mientras dejan intacta a la ganancia normal del capital industrial. Es decir, requieren de una regulación estatal que se manifiesta basada sobre la desigualdad ante la ley de los que formalmente poseen idénticas riquezas. De modo que la transformación de la renta de la tierra en capital industrial concentrado en la magnitud requerida para su valorización como simple capital medio presupone la eliminación de los terratenientes como clase. Cosa que

en modo alguno puede realizar la clase capitalista. Por el contrario, la supresión de los derechos de la clase terrateniente, junto con la concentración del capital, presuponen la eliminación de la clase capitalista misma, transformándose el capital social en propiedad colectiva al interior del ámbito nacional.

La transformación de la renta de la tierra en un capital capaz de participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad actuando como productivo desde el ámbito nacional, sólo podría haberse realizado bajo una forma política concreta que transformara a la renta de la tierra en capital industrial concentrado como propiedad del estado nacional. De modo que sólo podría haberse realizado bajo la forma política concreta de la abolición de la clase capitalista misma, dentro del ámbito nacional. O, lo que es lo mismo, sólo podría haberse realizado bajo la forma política concreta de una revolución social que transformara a la clase obrera de cuyo plustrabajo se iba a nutrir el capital concentrado, en propiedad colectiva de éste bajo la forma jurídica de capital estatal.

Sin embargo, la misma clase obrera argentina es un producto de la forma nacional específica que toma la acumulación de capital. Con lo cual tiene, desde el vamos, determinada a la reproducción de esa especificidad como condición para su propia reproducción como clase obrera en activo. La potencialidad histórica que pierde la clase obrera al encontrarse con su reproducción y su misma génesis sujeta a la forma específica seguida por la acumulación de capital en la Argentina es, precisamente, tomar en sus manos ese proceso de transformación de la renta en capital concentrado. La forma específica que toma la acumulación de capital en la Argentina no sólo priva a la clase obrera nacional de las potencias históricas que genéricamente le corresponden en cuanto personificación directa del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. La priva, además, de las potencias específicas para superar esa privación misma.

El curso seguido por la potencialidad histórica de la clase obrera argentina tiene una expresión sintética acabada: la mediación de la organización sindical en la organización política de la clase obrera. La imposición al capital de su papel histórico progresivo sólo podía tomar forma concreta en la acción política independiente de la clase obrera, a la cual ésta subordinara las condiciones de su reproducción inmediata y, por lo tanto, su lucha sindical. Por el contrario, la aniquilación de esa potencia sólo podía tomar forma concreta en la subordinación de la acción política independiente de la clase obrera a las condiciones de su reproducción inmediata subsumida en la especificidad del proceso nacional de acumulación y, por lo tanto, a su lucha sindical.

Las limitaciones específicas a la escala de la acumulación de capital en la Argentina se hacen violentamente visibles

El proceso nacional argentino de acumulación de capital tiene su magnitud acotada de manera particular por su misma forma específica. Su escala no puede ir más allá del nivel correspondiente a su abasto por la renta de la tierra. Pero, en su unidad mundial, la acumulación de capital ha determinado un vuelco en la relación entre el crecimiento de la productividad del trabajo agrario sobre la base de independizarla de los condicionamientos naturales no controlables de manera normal, y el movimiento de la necesidad social solvente por mercancías agrarias y otras materias primas. Hasta mediados de la década de 1970, el primero no lograba mantenerle el paso al segundo, con la consiguiente tendencia al aumento de la renta de la tierra. Sin embargo, a partir de entonces, el capital ha logrado notables avances en contrarrestar esa traba creciente a su acumulación. La, así llamada, crisis de las materias primas ocurrida para ese época, es la forma en que la regulación autónoma de la producción social por el capital desencadena las acciones que resultan en esta reversión. Pero, dada la especificidad del capitalismo argentino, esta potenciación del capital en su esencia mundial, se lleva consigo la base que potenciaba la acumulación del capital en el país. La renta de la tierra agraria apropiada en la Argentina entra en una fase de sostenida contracción⁸ (Gráfico N° 4).

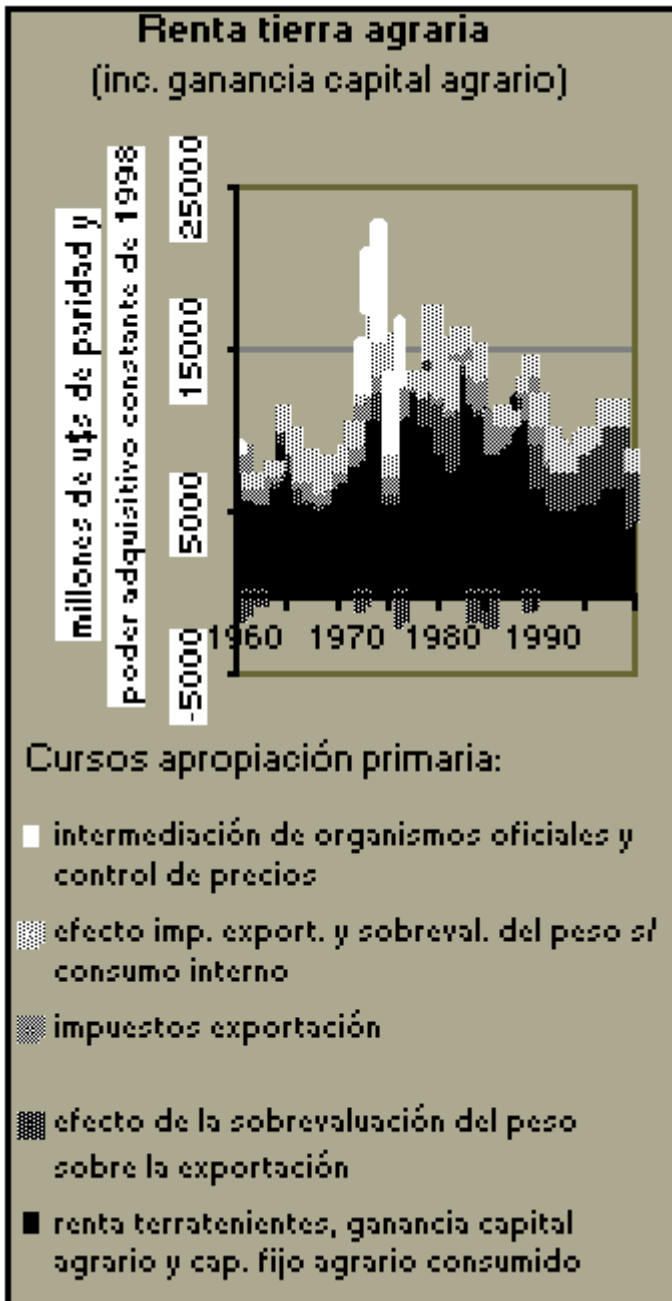


Gráfico N° 4. Renta tierra agraria (inc. ganancia capital agrario)

Más allá de la contracción de la renta, la especificidad del proceso nacional de acumulación de capital mina por sí misma las bases de su reproducción. A su interior sólo tienen cabida los pequeños capitales, genuinos o fragmentación específicamente limitada de capitales normales en sus países de origen. Pero, aun con la sujeción que le impone su reproducción como ámbito específicamente restringido, la centralización y concentración del capital siguen rigiendo como condición para la reproducción de éste. Y estas centralización y concentración tienen aquí una forma que también les es específica: la apropiación de los pequeños capitales genuinos por los capitales fragmentados. Con lo cual, se extingue para los segundos la fuente de valorización constituida por el paso constantemente renovado de la plusvalía que escapa necesariamente a las manos de los primeros.

Al mismo tiempo, el desarrollo general de la acumulación de capital va ampliando el abismo que separa la escala correspondiente a la producción para el mercado mundial y la correspondiente a la producción específicamente acotada al mercado interno. Con lo cual, los capitales fragmentados requieren de masas crecientes de plusvalía que sumar a la que le extraen directamente a sus obreros, a fin de compensar los mayores costos correspondientes a lo restringido de su escala.

El endeudamiento externo como sostenedor de la escala nacional de la acumulación de capital

Con sus bases socavadas por todos lados, la acumulación argentina de capital encuentra un último recurso para reproducir su especificidad. Se trata del flujo hacia el ámbito nacional de una masa de riqueza social mediante la continua ampliación real del endeudamiento, público y privado, con acreedores del exterior por

encima de los intereses devengados y los vencimientos de capital. En el período 1992/99, el flujo ingresado mediante el incremento neto de la deuda pública con acreedores del exterior equivale al 1,1% del PIB (siempre expresado en los términos de valor indicados al comienzo)⁹. En realidad, la determinación de la deuda pública externa como aportante a la riqueza social al interior del ámbito nacional no debería ser novedad para nadie. En prácticamente todos los años que van de 1971 a 1999, el endeudamiento público externo presenta un saldo nominal neto de ingreso de fondos por encima de los intereses devengados y vencimientos de capital. Para el total del período, este flujo suma un total equivalente a u\$s 45.000 millones de 1999. Pero la cuestión se presenta completamente invertida en el terreno de las representaciones ideológicas que dan fundamento formal a la acción política. Aquí, tanto entre los gestores del endeudamiento público como entre los que actúan como sus críticos, domina la apariencia de que la deuda genera un flujo corriente de riqueza hacia el exterior, por el pago de los servicios de amortización e intereses. Los primeros, presentan estos supuestos pagos como sagrados para la sociedad argentina, justificando mediante esta apariencia las acciones políticas concretas a través de las cuales la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación agudiza la miseria progresiva de la clase obrera. Los segundos, presentan a los mismos pagos inexistentes como la causa de esta miseria progresiva. Ocultan así que lo que ocurre es que la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación de capital ha chocado necesariamente con su propio límite, encerrando, por ello, la necesidad de acelerar de manera particular la pauperización creciente de la clase obrera.

Por su parte, durante el período 1992/99, el incremento neto del endeudamiento privado con el exterior equivale al 3,6% del PIB nacional. En ese período, la suma del flujo de riqueza social hacia la economía nacional mediante el endeudamiento neto público y privado con acreedores del exterior prácticamente iguala al PIB correspondiente al conjunto de los sectores de agricultura, ganadería, caza, silvicultura y pesca, o al del sector construcción.

Claro está que, así como hasta ahora este endeudamiento por encima de los intereses devengados y las amortizaciones de capital constituye un flujo neto de riqueza que sostiene la reproducción del proceso argentino de acumulación de capital, su contrapartida es la conversión del saldo adeudado en una bola de nieve. Durante el mismo período considerado, los intereses devengados e incorporados al saldo representan una suma equivalente al 3,6% y 1,8% del PIB total para las deudas pública y privada, respectivamente. Si a la deuda pública y privada con acreedores del exterior se le suma la deuda pública en poder de acreedores locales, pero nominada en moneda sobre la cual el estado nacional carece de soberanía, resulta el Gráfico N° 5.

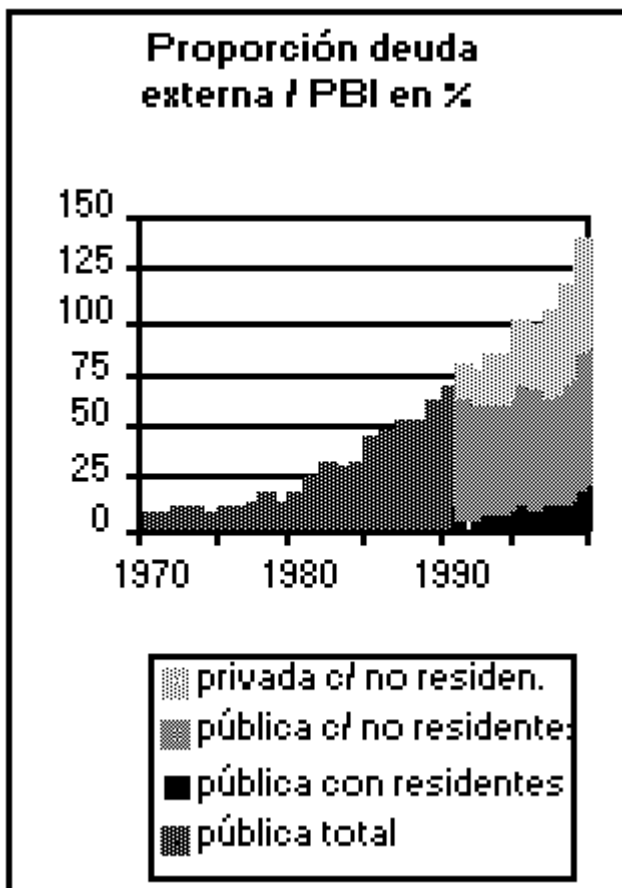


Gráfico N° 5. Proporción deuda externa/PIB en %

Con un saldo que se aproxima a ser una vez y media el PIB anual, la crisis de la deuda externa, pública y privada, es una determinación ineludible que tiene delante de sí la acumulación de capital en la Argentina. Y, como ya se sabe, lo primero que sigue al estallido de este tipo de crisis, es la transformación de la deuda privada en carga pública.

Magnitud del aporte del capital industrial y comercial que opera dentro del proceso nacional de acumulación al sostenimiento de la escala de éste

Frente a la magnitud del flujo de ingreso vía incremento del endeudamiento público y privado, contrasta el curso seguido por el flujo de inversión directa de capital hacia y desde el país. En el período 1992/99, se registra un ingreso por inversión directa y compra primaria de acciones privadas por valor de 44.000 millones de dólares corrientes. Sin embargo, el 50% de esta cifra se limita a compensar el drenaje de capital que sufre la economía argentina por la remisión de utilidades y regalías al exterior. Por otra parte, el capital privado ingresa al país u\$s 12.000 millones en efectivo para la compra de las empresas públicas que se privatizan, que el estado nacional vuelca a su vez en el sostenimiento de la reproducción de la especificidad del proceso argentino de acumulación de capital. Pero, al mismo tiempo, la economía argentina registra la salida de capital privado hacia el exterior por u\$s 17.000 millones. En resumen, siempre durante el período 1992/99, el capital privado que se valoriza como industrial o comercial dentro del país se ha limitado a ingresar desde el exterior un neto de u\$s 17.000 millones propios al sostenimiento de la escala de la acumulación de capital en la Argentina. Es decir, un monto de capital equivalente a menos del 1% del PIB generado en el mismo período en beneficio de su acumulación.

Al mismo tiempo, la privatización del capital público es, en parte, resultado del choque de la expansión de la acumulación de capital en el país contra el límite particular impuesto por la forma específica de esa acumulación y acentuado por la caída en la magnitud de la renta de la tierra. Pero, con la privatización, cambia totalmente el papel que le correspondía al capital en cuestión dentro del proceso nacional de acumulación de capital. No sólo desaparece como mediador en la apropiación de plusvalía extraordinaria por los capitales privados del ámbito nacional, sino que se suma a éstos en la demanda por esa plusvalía extraordinaria. Con lo cual, como resultado del choque con el límite específico, la privatización del capital estatal se convierte en una nueva fuente que acentúa ese choque.

Consecuencias para la clase obrera de la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación de capital

Si el capital que se valoriza como industrial y comercial operando dentro del país no pone prácticamente nada de su propio bolsillo para mantener la escala de su acumulación en la Argentina ante el choque de ésta con su límite específico, muy distinta es la suerte corrida por la clase obrera nacional. Empieza a encontrarse determinada como sobrante para el capital, no ya simplemente siguiendo los avatares cíclicos de la acumulación, sino de manera continuamente reproducida. Se ve entonces forzada a vender su fuerza de trabajo en condiciones que ya no reproducen los atributos productivos que venía teniendo hasta entonces. El salario cae violentamente por debajo del valor de la fuerza de trabajo, transformando en plusvalía parte del producto de valor hasta entonces necesario para reproducir al obrero. Esta caída se refleja en la relación seguida por el salario respecto de los precios que internamente tienen los medios de vida dentro del ámbito nacional, representados por el índice de precios al consumidor (a fin de eliminar la distorsión introducida por el deterioro real del salario desde el momento de su devengamiento hasta el de su gasto, por efecto del aumento de los precios de un mes a otro, se relaciona el salario de un mes con el índice de precios que resulta del promedio del del mismo mes y el del siguiente)¹¹ (Gráfico N° 6).

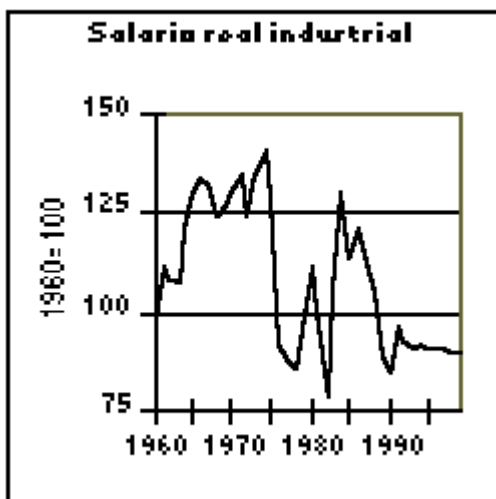


Gráfico N° 6 Salario real industrial

En un primer momento, la caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo sólo puede imponerse mediante la coacción directa ejercida por una dictadura militar. Pero, cuando la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación de capital muestra abiertamente que tiene por condición la caída del salario, ésta puede tomar ya una forma política bien distinta. Es un gobierno democrático ejercido por el partido que encarna la representación política general de la clase obrera argentina, el que se encarga de consolidar la caída del salario por debajo del nivel correspondiente a la reproducción de la fuerza de trabajo con los atributos que había logrado adquirir mientras la escala de la acumulación se encontraba en expansión. Las huelgas generales del período en que el salario se desbarranca después de haberse acercado nuevamente a su nivel anterior a la dictadura, no muestran encerrar al cabo más potencialidad que el dar curso a la forma política que garantiza el beneplácito de las organizaciones gremiales ante la consolidación de dicha caída. Y, detrás de este beneplácito, se manifiesta la impotencia de la clase obrera misma para hacerle frente al curso seguido por el proceso nacional de acumulación de capital. Tal el grado de subordinación que tiene su reproducción como clase obrera en activo, bajo las condiciones que sean, a la reproducción de la especificidad de ese proceso.

El pase masivo de la fuerza de trabajo a la condición de población obrera estancada en su situación de sobrante, le permite al capital del ámbito nacional disponer de una masa creciente de trabajo que explotar. Sin embargo, como ya vimos, ni siquiera así el capital industrial y comercial que opera en el país logra expandir la masa de valor generada por la economía nacional. Todo lo que logra es atenuar la caída en la masa de plusvalía extraída, sin necesidad de aportar para ello capital adicional propio. Pero, para la clase obrera, ni aun la caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo resulta suficiente para impedir el paso progresivamente creciente de una parte suya a la condición de población sobrante consolidada. Es decir, de población obrera que no logra vender su fuerza de trabajo a ningún precio¹² (Gráfico N° 7).

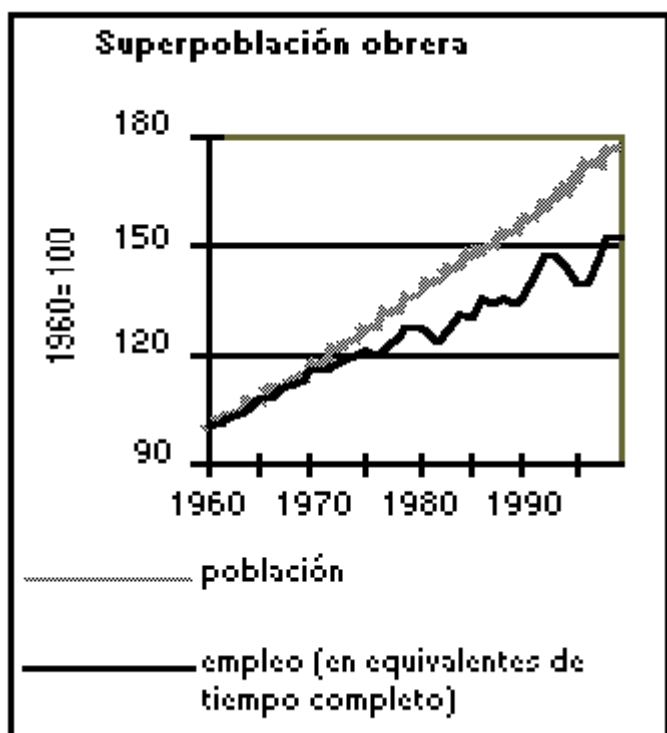


Gráfico N° 7 Superpoblación obrera

Ha llegado así el punto en que la forma específica que toma la acumulación de capital en la Argentina no sólo priva a la clase obrera nacional de las potencias revolucionarias que genéricamente le corresponden en cuanto personificación directa del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. La priva de manera progresivamente creciente, de su atributo más genéricamente humano, a saber, de la capacidad para producir su propia vida mediante el trabajo.

El pase acelerado de la población obrera argentina a la condición de sobrante para el capital, acentúa para ella la manifestación de las transformaciones que contemporáneamente impone la marcha general de la acumulación de capital en el mundo, sobre la reproducción de la fuerza de trabajo. Desde sus orígenes hasta alrededor de la segunda mitad del siglo XIX, el capital se acumula sobre la base de hacer entrar en producción a los obreros individuales a la edad más temprana posible, para exprimirles luego lo más rápidamente su fuerza de trabajo, bastándole con que vivieran lo suficiente como para producir sus reemplazantes en el

proceso de producción. En estas condiciones, el desarrollo de cualquier aptitud para realizar trabajo complejo tenía lugar en el mismo proceso de trabajo. Pero, con el desarrollo de la gran industria, el capital va necesitando de manera cada vez más general de un obrero individual capaz de sostener una intensidad y complejidad de trabajo que presupone un largo proceso de formación previo al ejercicio del trabajo mismo. En lugar de su consumo acelerado, el capital necesita que esta fuerza de trabajo mantenga su aptitud durante un período suficientemente largo como para compensar el mayor costo de producirla. Y esto hace que la vida natural del obrero se prolongue más allá del tiempo en que el capital ha agotado su fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, y por supuesto dentro de los límites que él mismo impone al mutilar la individualidad del obrero convirtiéndolo en un órgano fragmentario y parcelado del obrero colectivo, el capital necesita producir a este segundo tipo de obrero con aptitudes básicas comunes, como un obrero capaz de ser utilizado en la universalidad de los procesos productivos de la gran industria. Se abre así un período caracterizado por la suba general del salario, la negociación colectiva generalizada de los contratos de trabajo, y de la educación, la salud, la jubilación, el transporte, el esparcimiento, etc., públicos.

Desarrollos todos que, como no puede ser de otro modo en el capitalismo, tienen una forma concreta de realizarse: se trata de conquistas arrancadas al mezquino apetito de la clase capitalista mediante el triunfo político de la clase obrera en su lucha contra ella.

Pero, hacia el último cuarto del siglo XX, llega el momento en que el propio desarrollo de la producción de plusvalía relativa sobre la base de explotar a la fuerza de trabajo producida del modo visto, libera relativamente al capital de los costos de producción de aquélla. Por una parte, ha logrado producir un flujo de superpoblación obrera tal que se encuentra en condiciones de disponer de fuerza de trabajo capaz de aplicarse con la intensidad y complejidad propias del obrero más costoso, pero sin tener que ocuparse de reproducirla. Puede así pagarla por debajo de su valor, porque una vez que la agota, cuenta con nuevos obreros recién expulsados a la condición de población obrera estancada en su condición de sobrante. Por otra parte, con el desarrollo del control automatizado, el capital acentúa la diferenciación entre las fuerzas de trabajo individuales que componen al obrero colectivo. Mientras necesita desarrollar aún más el proceso de formación de una porción de ella, se libera de toda necesidad de calificar a otra porción. La economía de capital impone, entonces, gastar en la producción calificada de la fuerza de trabajo sólo en la proporción necesaria. Lo cual quiere decir, el acceso a las condiciones de vida correspondientes no de modo general para la clase obrera y, como tal, por la mediación del estado nacional, sino directamente sobre la base de los salarios diferenciales. Es entonces la hora de la privatización de las condiciones de producción de la fuerza de trabajo. Privatización que toma necesariamente la forma de una derrota política de la clase obrera en su lucha con quienes personifican al capital. Además, la especificidad de la acumulación argentina de capital hace que el capital encuentre en el desmantelamiento de la producción y reproducción pública de la fuerza de trabajo, otros tantos cúmulos de riqueza social que saquear.

Las potencias de la acción política de la clase obrera argentina

La crisis que experimenta la economía argentina no es expresión de las potencias que tiene la clase obrera nacional para personificar la necesidad del modo de producción capitalista de aniquilarse a sí mismo en su propio desarrollo. Por el contrario, pone de manifiesto cómo el capital ha mutilado a esta clase en su potencialidad genérica para integrar el obrero colectivo al que el desarrollo de la acumulación va transformando en un sujeto capaz de organizar conscientemente el carácter social de su propio proceso de trabajo.

En las condiciones en que se desarrolla corrientemente la acumulación mundial de capital, la reproducción de la forma particular que esta acumulación toma en la Argentina apenas asigna una potencialidad directa permanente a la acción política de la clase obrera nacional. La condena a ser la fuerza que, oponiendo su resistencia, entra en la determinación de las modalidades y velocidad concretas con que una porción creciente de ella va siendo empujada hacia las categorías más miserables de la población sobrante. Así, hasta el mayor triunfo que pudiera obtener la clase obrera nacional, sería apenas un hito en el camino de retroceso de una parte cada vez mayor suya hacia el pauperismo. Lo cual no quita que en esta lucha desesperada por sobrevivir, la acción política de la clase obrera se presente bajo la apariencia de estar poniendo en juego la superación misma del capitalismo. El significado concreto de este camino hacia la condición de sobrante lo manifiesta ya la suerte corrida por la clase obrera de otros países latinoamericanos en donde la acumulación de capital ha tomado la misma forma específica que en la Argentina. Sólo que ellos se han adelantado en la carrera hacia la miseria obrera por haber contado con aptitudes sustancialmente más restringidas para generar renta diferencial de la tierra, o porque la acumulación de capital directamente ha extinguido las fuentes de esa renta. Y ni hablar de lo que ocurre en Africa.

Con todo, la reproducción de la forma específica que tiene actualmente la acumulación de capital argentina puede hasta llegar circunstancialmente a erigir a la clase obrera nacional en su representante político general. Esto podría ocurrir, por ejemplo, si dicha reproducción necesitara tomar forma concreta en el repudio directo de la deuda externa. El capital industrial y comercial que actúa en el país con una escala insuficiente para

desarrollar las fuerzas productivas convertiría así a la clase obrera en su fuerza de choque para enfrentarse al capital prestado a interés desde el exterior, al estallar la inevitable crisis del endeudamiento externo público y privado. Lo mismo podría ocurrir si la renta de la tierra experimentara un alza explosiva. O si la reproducción en cuestión tuviera por condición el avance extremo del capital fragmentado sobre la parte de la renta apropiada por los socios parasitarios de éste, o sea, los terratenientes. Todos estos casos no harían sino reproducir la limitación específica que el proceso nacional de acumulación de capital impone al desarrollo de las fuerzas productivas que lleva consigo la superación del modo de producción capitalista. Sin embargo, al tener a la acción política de la clase obrera por agente inmediato, esta reproducción se presentaría ideológicamente invertida bajo la apariencia de ser la realización misma de esa superación.

Pasadas estas fases críticas de regeneración de su base específica, la acumulación de capital en el país volvería a imponer a los agentes directos del capital fragmentado como sus representantes políticos generales. Y la clase obrera pasaría a reproducirse bajo las condiciones determinadas por esa regeneración. Estas podrían ser más o menos favorables, pero siempre implicarían la inmediata exclusión de la clase obrera argentina de participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad y, en última instancia, su paso específicamente acelerado a la condición de sobrante.

Podría parecer a esta altura que a la clase obrera argentina no le queda más esperanza histórica que la suba de la renta de la tierra agraria. Podría parecer que, a la espera de este regalo del cielo, a la clase obrera argentina no le queda sino reducir sus pretensiones a la demanda de honestidad y justicia en la absorción de los costos del retroceso. Esto es lo mismo que pretender que lo que sólo puede realizarse bajo la forma de una crisis generalizada, tome de inmediato la forma de su propio contrario, un proceso juiciosamente reglado, Y es pretender que rijan la propiedad privada basada sobre el propio trabajo, allí donde la producción social se encuentra organizada bajo el régimen de la propiedad privada basada sobre la explotación del trabajo ajeno impago. Tan bajo parecería haber caído el ser progresista hoy en la Argentina.

Sin embargo, el modo de producción capitalista mismo pone en manos de la clase obrera argentina una potencia para superar su retroceso acelerado a la condición de sobrante. Se trata de que ella tome conscientemente por su cuenta el ejercicio de las potencias que genéricamente le corresponden como personificación del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. No se trata de una potencia abstracta, ni mucho menos una que brota de su sola conciencia. Por el contrario, ella surge de la determinación de la conciencia de la clase obrera como atributo enajenado en el capital. Porque se trata de oponerle a la fuerza que tiene la acumulación del capital sobre la base de liberarse del desarrollo de su papel histórico, la fuerza arrolladora que tiene la acumulación de capital cuando sí cumple con ese papel. Más aún, cuando esta acumulación portadora del desarrollo de las fuerzas productivas sociales puede alimentarse de una fuente de plusvalía extraordinaria de la magnitud de la renta de la tierra agraria (y, ahora, también de la tierra apta para contener fuentes de energía) argentina. Se trata, por lo tanto, de que mediante su acción política, la clase obrera argentina centralice como propiedad directamente social al interior del país, el flujo de renta de la tierra, para transformarlo en un capital concentrado en la escala suficiente para producir mercancías a realizarse en el mercado mundial.

La posibilidad de transformar la base misma del proceso argentino de acumulación de capital se encuentra sujeta a una condición esencial. Con su centralización absoluta al interior de un ámbito nacional del tamaño del argentino, el capital multiplica su potencia para vender en el mercado mundial. Sin duda, esta potencia se ubica por encima de la de los capitales fragmentados en montos intencionalmente insuficientes como para estar a la vanguardia en el desarrollo mundial de la productividad del trabajo. Con más razón, lo mismo ocurre respecto de los pequeños capitales de menor monto aún que el de esos fragmentos. Pero la cuestión no pasa aquí por superar la impotencia de estos capitales restringidos. Lo que está en juego es si la escala que puede alcanzar el capital mediante esa centralización, aun con el agregado a su capacidad de acumulación del flujo íntegro de plusvalía extraordinaria recibido bajo la forma simple de renta de la tierra, resulta hoy suficiente para alcanzar el grado y la forma de concentración necesarios para competir en el mercado mundial.

En el mercado mundial, los mismos capitales que al interior de la Argentina actúan como capitales de monto particularmente restringido, actúan con la escala propia de capitales cuya concentración ha pasado por encima de toda restricción nacional. Y, más aún, actúan como capitales cuya capacidad de acumulación se encuentra potenciada por el pleno aprovechamiento de las diferenciaciones nacionales en que toma forma la esencia mundial de la acumulación de capital. Estos capitales multiplican su capacidad de acumulación localizando nacionalmente cada etapa de su producción y circulación sobre la base de los atributos diferenciales que la misma separación entre naciones permite establecer respecto del precio de la fuerza de trabajo, la complejidad, la productividad, la intensidad y la duración de la jornada de éste. Lo que para el capital centralizado sobre una base nacional se presenta como el límite a la escala de su acumulación, para estos capitales es una fuente que la multiplica. Y no simplemente la multiplica, sino que lo hace por el camino de aliviarse en su necesidad de avanzar en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

Queda desde ya en claro que, para la clase obrera argentina, la ampliación de los ámbitos nacionales en curso de la disolución de éstos guarda el interés que genéricamente tiene para toda la clase obrera: esta ampliación

es condición para forzar al capital a volver a poner en el eje de su acumulación la producción de un obrero cada vez más universal, cuya actividad en el proceso de producción no consista en la aplicación directa de su fuerza de trabajo a la transformación de su objeto, sino al control consciente de las fuerzas naturales aplicadas para realizar esa transformación. Pero, además, para la clase obrera argentina esa ampliación tiene un interés específico que hace directamente a su reproducción como clase obrera en activo. En vez de perder el tiempo rasgándose las vestiduras clamando contra las desgracias de la "globalización" del capital, a la acción política de la clase obrera sólo le queda un camino abierto hacia adelante: ubicarse nuevamente a la vanguardia en el proceso de superación de la fragmentación nacional de la acumulación mundial de capital.

Por supuesto, la ampliación de los ámbitos nacionales de acumulación de capital a la que nos referimos aquí tiene formas y alcances muy distintos a, por ejemplo, el Mercosur. Desde el punto de vista de la clase obrera argentina, éste no tiene más objeto que el permitir la reproducción de los capitales que se fragmentan para actuar productivamente desde el país, al ampliarles el mercado particularmente restringido al que tienen acceso y abaratarles los costos de producción correspondientes a su escala también limitada de modo particular, a expensas de socavar la escala general de la economía nacional. Tampoco tiene nada que ver con el reemplazo de la moneda nacional por el dólar en la circulación interna. Bajo la apariencia de borrar las diferencias nacionales, esta dolarización no hace más que consagrarlas. Ni tampoco se trata de la ampliación de los ámbitos nacionales que, al mismo tiempo, amplían internamente su fragmentación mediante la ampliación de la autonomía relativa de los ámbitos regionales de acumulación. Como ocurre, por ejemplo, en Europa. Bajo la apariencia ideológica del "respeto por las identidades" regionales, esta autonomización interna permite al capital sumarle, a las potencias progresivas que adquiere mediante la ampliación de su ámbito nacional de acumulación, las potencias regresivas que adquiere ampliando la diferenciación en las condiciones de la reproducción de la fuerza de trabajo y su explotación en el proceso de producción, o sea, ampliando la parcelización del obrero colectivo.

El contestarse acerca de si la centralización del capital como propiedad directamente social al interior del ámbito nacional conserva actualmente la potencialidad en cuestión, o si la ha perdido de manera permanente o circunstancial, es el primer paso a dar en el desarrollo de la acción de la clase obrera argentina que tome conscientemente en sus manos la realización de las potencias que genéricamente le pertenecen.

La propia extensión en el tiempo de la reproducción del proceso nacional de acumulación sobre la base del despilfarro de la renta, ha ido erigiendo una triple barrera a su transformación en un agente efectivo del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. En primer lugar, a la contracción absoluta de la renta a partir de la década de 1980, se le suma la disminución relativa de su flujo anual frente a las concentraciones crecientes de capital necesarias para poner en acción la productividad del trabajo necesaria para acceder al mercado mundial. En segundo lugar, otro tanto ocurre respecto de la masa creciente de capital necesaria para que la clase obrera argentina escape a la condición de sobrante. En tercer lugar, la fase en que la acumulación de capital imponía la producción de un obrero que tendía hacia la universalidad indiferenciada, ha dado por el momento curso a la actual fase de diferenciación creciente de la fuerza de trabajo que componen al obrero colectivo que integra la producción de una mercancía. Y esta diferenciación se da de patadas con la forma política que requiere la centralización del capital como propiedad directamente social al interior del ámbito nacional.

Pero, ahora, la prolongación en el tiempo de la reproducción de la forma específica tomada por la acumulación de capital en la Argentina, ha comenzado a generar una nueva barrera a la transformación progresiva de su naturaleza. Cuanto más pasa la clase obrera argentina a la condición estancada y consolidada de sobrante, más pierde los atributos subjetivos que le permitan desplegar un trabajo complejo, intenso y con la capacidad productiva correspondientes a la vanguardia del desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Con lo cual, más se ven despojados sus miembros de la posibilidad de avanzar en el control consciente de su propio trabajo social. Avance que aquí es la condición de partida, no ya genéricamente para la superación del modo de producción capitalista mismo, sino para la mera transformación del proceso nacional de acumulación de capital en un participante activo en el curso de esa superación, a partir de su condición actual de retardatario del mismo.

De ahí la urgencia que tiene para la clase obrera argentina el determinar si entre las potencias de su acción política se encuentra la de realizar la transformación de la especificidad del proceso nacional de acumulación de capital. Si efectivamente descubre que posee tal potencia, con este descubrimiento mismo habrá dado el primer paso necesario en el curso de su realización.

Buenos Aires, diciembre de 1999 (datos actualizados en abril de 2000)

Notas

* Investigador independiente, autor de "La acumulación de capital en la Argentina", publicado por el Centro para la investigación como crítica práctica. <[Volver](#)>

1 Elaboración propia sobre la base de datos del Ministerio de Economía (ME), Banco Central de la República Argentina (BCRA), y Bureau of Economic Analysis (BEA). La serie argentina ha sido empalmada desde 1993

hacia atrás por las tasas anuales de variación arrojadas por las series originales <Volver>

2 Para empezar, incluye el valor del capital fijo consumido durante el año. <Volver>

3 Elaboración propia sobre la base de datos de ME, BCRA, Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), BEA y Bureau of Labor Statistics (BLS). La serie argentina ha sido empalmada desde 1993 hacia atrás aplicando las tasas anuales de variación del Índice de Precios Implícitos (ME y BCRA) sobre la serie a precios constantes. El indicador de la productividad se ha computado sobre la base de la relación entre el PIB a precios constantes y el empleo total. La base utilizada para la estimación del empleo total en la Argentina se indica más adelante. El nivel de paridad tomado corresponde al tipo de cambio de exportación para el promedio del período 1956/77. <Volver>

4 Elaboración propia sobre la base de datos de ME, BCRA, INDEC, BEA y BLS. El monto de la plusvalía disponible para la acumulación más el capital fijo consumido durante el año se ha obtenido restando del PIB a precios corrientes el costo anual equivalente de la fuerza de trabajo de la población ocupada total. Se ha tomado como punto de partida la estimación de remuneraciones (incluyendo aportes patronales) computadas por el sistema de cuentas nacionales a partir de 1993 para los trabajadores asalariados y no asalariados, completándose la proyección hacia atrás sobre la base del índice de salarios para la industria manufacturera cuya elaboración se detalla más adelante. Los criterios utilizados para la estimación de la ocupación total también se indican más adelante. <Volver>

5 Más adelante se indican las fuentes de estos datos. <Volver>

6 Para evitar cualquier malentendido deo en claro que por clase obrera me refiero al conjunto de los miembros de la sociedad que sólo cuentan con la venta de su fuerza de trabajo para producir su vida, por muy distinta que sea la intensidad, complejidad y capacidad productiva del trabajo que su fuerza de trabajo individual pueda rendir, por muy distinto que sea el precio de la misma, ya sea que se trate de trabajadores productivos o improductivos en cuanto a la valorización del capital. <Volver>

7 Para un desarrollo más amplio acerca de esta especificidad, ver mi "La acumulación de capital en la Argentina", publicada por el CICIP y disponible en www.clacso.edu.ar/~jinigo. <Volver>

8 Estimación propia sobre datos de ME, BCRA, INDEC, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación (SAGPyA), BEA y BLS. Los criterios básicos utilizados para la definición de cada variable son los siguientes:

a) Renta de los terratenientes más ganancia del capital agrario más capital agrario fijo consumido: al PIB a precios corrientes del sector agrario se le resta el salario total equivalente, computado sobre la base de una estimación del empleo total del sector (tomando como base la estimación contenida en el cómputo de las cuentas nacionales a partir de 1993 y proyectado hacia atrás mediante la interpolación de los valores censales en función de la tendencia lineal intercensal de la relación empleo/PBI agropecuario a precios constantes y las fluctuaciones anuales en dicho PBI) y el salario individual equivalente del sector (tomando como base la estimación contenida en el cómputo de las cuentas nacionales a partir de 1993 y proyectado hacia atrás por el índice del salario del peón rural).

b) Efecto de la sobrevaluación del peso sobre la exportación: estimado mediante la aplicación del índice de sobrevaluación del tipo de cambio de exportación resultante del cómputo indicado más arriba, sobre el valor nominal de las exportaciones de origen agropecuario.

c) Impuestos a la exportación: tomados de las estadísticas de recaudación, incluyendo las tasas accesorias.

d) Efecto de los impuestos a la exportación y de la sobrevaluación del peso sobre el consumo interno: estimado sobre la base de la aplicación de las proporciones correspondientes a ambos factores sobre el valor del consumo interno individual (no productivo) de la producción agraria portadora de la renta (específicamente, trigo y carne vacuna).

e) Intermediación de organismos oficiales y control de precios: estimado sobre la base de la diferencia entre el precio pagado internamente y el de exportación para el trigo y la carne vacuna consumidos internamente y exportados en los períodos de vigencia de las políticas respectivas. <Volver>

9 Los datos a que se hace referencia en ésta sección y la siguiente se encuentran elaborados en mis trabajos "La acumulación de capital en la Argentina", ya citado, y "El drenaje de las reservas de divisas por el sector privado durante la convertibilidad" Realidad Económica, N° 166, agosto/setiembre 1999. <Volver>

11 Elaboración propia sobre datos de INDEC y BCRA. Se ha partido de la serie de salarios de la industria manufacturera del INDEC, proyectándose hacia atrás de 1975 de acuerdo con la variación del salario básico de convenio para el tramo 1973/75, y de la remuneración total anual per capita computada en el sistema de cuentas nacionales para el tramo 1960/73. <Volver>

12 Elaboración propia sobre datos de INDEC y Penn World Tables (PWT). El empleo total se estima a partir de 1974, aplicando a la población total (estimada para los períodos intercensales sobre la base de las tasas de crecimiento correspondientes) el índice de ocupación resultante de la Encuesta Permanente de Hogares para el promedio nacional del año. Este cómputo se ajusta luego por la tasa de subocupación correspondiente, considerando que cada subocupado corresponde al equivalente de medio ocupado de tiempo completo. El nivel de empleo se proyecta hacia atrás de 1974 aplicando la tasa de variación implícita en la serie de productividad de PWT <Volver>